

# Freud: Vigencia del Psicoanálisis

Ricardo C. Villarreal Arrambide<sup>1</sup>

## La perspectiva psicoanalítica

Desde la antigüedad ha sido generalmente aceptado que el cerebro es el órgano en el cual el psiquismo humano tiene su sustrato. Sin embargo, a pesar de los desarrollos de la neurofisiología, hasta ahora no se ha podido establecer claramente la relación que guardan los fenómenos mentales con el aparato cerebral; a lo más, las posibilidades que nos proporciona la neurofisiología se refieren a la localización de algunos procesos,<sup>2</sup> pero no nos ofrece elementos suficientes para comprenderlos. De cualquier manera, estos conocimientos enfatizan sobre el hecho de que los fenómenos psíquicos se operan en el organismo humano, corresponden por lo tanto a un particular tipo de fenómenos biológicos y están sujetos a sus leyes, además de las leyes especiales que sólo son válidas para los procesos psicológicos. El pensamiento tradicional que imputaba a estos fenómenos un origen inmaterial y que consideraba a la mente y al cuerpo como entidades indepen-

---

<sup>1</sup> El autor es licenciado en psicología de la UANL. Realizó estudios de posgrado en sociología en El Colegio de México. Actualmente es jefe del área de Ciencias Sociales del Centro de Estudios Humanísticos de la UANL.

<sup>2</sup> Se ha comprobado experimentalmente, por ejemplo, que los fenómenos de la conciencia y el estado de sueño se inscriben en el Sistema Reticular Activador. Esto, sin embargo, no nos ofrece una explicación funcional de sus procesos.

dientes y autónomas, ha sido prácticamente desechado de la ciencia psicológica.

El psicoanálisis se sitúa dentro de esta perspectiva, afirmando además el carácter interrelacional de los procesos psicológicos; carácter dado en los procesos de interacción del organismo humano con su medio ambiente.

A diferencia de la psicología clásica que consideraba a las percepciones, emociones, pensamientos, voliciones, etc., como elementos estáticos o simplemente yuxtapuestos; el psicoanálisis concibe la vida mental como un conjunto de fuerzas antitéticas en continuo movimiento y evolución. Desde un punto de vista histórico, el psicoanálisis nace, fundamentalmente, como un método terapéutico. Freud, impresionado profundamente por las experiencias de Charcot y de Bernheim,<sup>3</sup> utilizó la sugestión hipnótica como método de curación de los síntomas histéricos que se presentaban en algunos de sus pacientes. En 1893, en un trabajo realizado en colaboración con Joseph Breuer, señala que “los distintos síntomas histéricos desaparecen inmediata y definitivamente en cuanto se conseguía despertar con toda claridad el recuerdo del proceso provocador, y con él, el efecto concomitante, y describía el paciente con el mayor detalle posible dicho proceso dando expresión verbal al afecto”.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> Charcot en París había demostrado que, mediante la hipnosis, era posible hacer que un paciente histérico inhibiera un determinado síntoma; asimismo había demostrado, mediante el mismo procedimiento, que también era posible provocarlo. Bernheim, en lo que se ha denominado la fase "A" de su experimento, ordenaba a una persona sujeta a hipnosis que realizara determinado acto después de salir del sueño hipnótico; ésta lo realizaba y, cuando se le preguntaba por qué lo hacía, no sabía qué responder y daba una explicación cualquiera. Posteriormente, (la fase "B") se le pedía firmemente que explicara la causa del acto que había realizado insistiendo en que se concentrara y lo pensara detenidamente. Después de varias tentativas la persona respondía: "lo hice porque usted me lo ordenó". Esta segunda experiencia fue un punto clave que permitió a Freud desarrollar su método terapéutico.

<sup>4</sup> Sigmund Freud, "El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos", *Obras Completas*, Vol. I, Ed. Biblioteca Nueva Madrid, 1968, p. 27.

Posteriormente, Freud abandona el hipnotismo -por razones personales en parte; en parte, por razones técnicas- e inventa su método de asociación libre de ideas, cuya aplicación en el análisis de sus pacientes le permitiría elaborar lentamente una teoría general del psiquismo humano que representa, dentro del desarrollo de la psicología, un cambio de orientación radical en el estudio de los fenómenos psíquicos, al afirmar que éstos no se agotan en sus manifestaciones concientes observables, sino que, por el contrario, éstas -o cuando menos gran parte de ellas- sólo son explicables mediante complicados procesos que subyacen a las mismas; procesos que son desconocidos por el individuo pero que influyen y determinan considerablemente su conducta.

### **Conciencia e inconsciente**

La existencia de una inconsciente propuesta por Freud plantea serias divergencias con la psicología tradicional, estas divergencias parten de enfoques distintos: mientras la psicología tradicional se basa en un concepto autónomo de voluntad, que proviene a su vez, de una sobreestimación de la razón como hilo conductor de la actividad humana; el psicoanálisis lo pone en duda desde el momento en que insiste en el carácter irracional de muchos actos humanos. Esta afirmación del psicoanálisis, según la cual existen fuerzas que determinan la conducta del hombre sin que éste se dé cuenta, fue hecha por Freud en base al análisis minucioso y científico de los hechos que le fueron proporcionados por su actividad psiquiátrica cotidiana. Con esto quiero destacar que las proposiciones freudianas fueron, -no sólo respecto a este tema- no fruto del azar o de un momento de genialidad, sino, por el contrario, el resultado de años de trabajo e investigación.

Los hechos descubiertos por Freud, a pesar de la resistencia de los científicos de su época, provocaron un cambio relevante en las concepciones sobre el hombre y la cultura. Dígase lo que se diga, a

partir de entonces la psicología tradicional ya no se pudo sostener sobre algunos de los pilares en que se apoyaba: es un error, a mi juicio, la consideración primordial de la razón en la determinación de los actos humanos; ésta, en cuanto subestima la importancia de las necesidades instintivas, renuncia a la posibilidad de elaborar una antropología más completa: El hombre no es primordialmente razón, -de hecho, el Yo, es un derivado de la modificación de la energía distintiva, ontogenéticamente hablando. Lo mismo que desde el punto de vista filogenético lo es la conciencia, que es el signo distintivo de la especie humana- sino cuerpo y mente fundidos en una unidad dinámica. La sobreestimación de la razón es un error del cual la filosofía occidental no ha sabido librarse: “ya desde Platón, esta concepción aparece como un arcaico residuo mítico. Eros es el ser absorbido por el Logos y Logos es la razón que subyuga a los instintos”.<sup>5</sup>

Desde otro ángulo, según la fenomenología, la conciencia posee como característica esencial el estar referida y separada de algo que no es ella misma; este carácter de intencionalidad de la conciencia parece ser una propiedad fundamental de la misma. Desde este punto de vista, la conciencia nunca puede realizarse sin objeto, no puede estar vacía; la conciencia es siempre conciencia de algo sin lo cual no puede existir. La conciencia, además de esta cualidad de intencionalidad que hace referencia a un objeto, es un modo de estar en el mundo, de vivenciar el mundo. La conciencia es autónoma, su proyección es espontánea y no proviene de algo exterior a ella. Si esto es así, la causalidad se pierde, cada acto es explicable por sí mismo o en sentido inverso al psicoanálisis, por el futuro.

La resistencia de la fenomenología a aceptar la idea de una vida mental inconsciente es explicable, puesto que esta hipótesis atenta contra la autonomía de la conciencia y la libertad. Sin embargo, en mi opinión, esto no puede sostenerse. Existe un proceso de continuidad que viene de atrás y que remata en la realización de los

---

<sup>5</sup> Herbert Marcuse, *Eros y Civilización*, Ed. J. Mortiz, México, 1965, p. 137.

actos humanos. De esta manera, cada idea, cada acción son previamente determinados. Si la aparición de la conciencia en la dialéctica de la naturaleza representa un cambio cualitativo definitivo, entonces el hombre la trasciende, se separa de ella y puede modificarla; es libre, como dice Sartre: “estamos condenados a ser libres, incluso no somos libres para dejar de ser libres”.<sup>6</sup> Y esto es rigurosamente cierto en el sentido de que, a partir de la toma de conciencia lo que le acontezca al hombre es obra suya. Pero Sartre está hablando del hombre en abstracto, tiene razón cuando habla del hombre como género, que es el hacedor del progreso y de la historia. Pero de ahí se lanza en un salto mayúsculo, afirmando la libertad del individuo. Sartre desconoce o rechaza, sin serios fundamentos a mi juicio, el hecho de que el individuo está limitado por innumerables factores sociales, económicos, etc., que provienen del mundo en el cual está situado, que moldean su conducta sin que se dé cuenta; sin que su maravillosa razón, por sí sola, pueda hacer algo por impedirlo.

En otro sentido, sí se acepta que existe una conciencia oscura, fragmentada; que es conciencia pero que no sabe lo que es, se cae en la contradicción que ya Freud señalaba en su “Metapsicología”, de proponer una conciencia inconsciente.<sup>7</sup>

Por otra parte, los procesos de simbolización en el sueño -para citar sólo uno de ellos- ¿Qué explicación tendrían? Si se dice, como lo hace la fenomenología que corresponden a una aprensión defectuosa de lo real, se corre el peligro de estancarse en ello, puesto que aparece como una afirmación gratuita. ¿Por qué esa distorsión de lo real?, y ¿por qué, si la conciencia es transparente no se entiende a sí misma y es necesaria la técnica psicoanalítica para elucidarla? Porque existen fuerzas desconocidas que actúan por debajo de la conciencia -esas fuerzas demoníacas de que hablaba Goethe- que fueron intuitas por poetas, místicos y filósofos, pero cuya comprensión sistemática fue alcanzada sólo por Freud.

---

<sup>6</sup> J. Paul Sartre, *El ser y la nada*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1974, p. 545.

<sup>7</sup> Sigmund Freud, “Metapsicología”, *Obras Completas*, Vol. I, Ed. Bib. Nueva, Madrid, 1968, p. 1025.

Ahora bien, desde el punto de vista psicoanalítico, la conciencia es considerada también, como en la fenomenología, como conciencia de algo. Sin embargo no es situada dentro de un contexto existencial total. Para el psicoanálisis representa la percepción momentánea y transitoria de algo. El hombre es consciente de algo, aquí y ahora y en el siguiente instante deja de serlo de algo más, en una sucesión de experiencias que sólo termina con la muerte.

Esta definición corresponde a la primera formulación freudiana de la vida mental, que es concebida en términos de niveles: el consciente, el preconscious y el inconsciente. Existe confusión respecto a si estos niveles deben ser considerados como entidades psicológicas o como estados de las experiencias. Mi opinión concuerda con esta última consideración, que es la que prevaleció en la obra de Freud.

El sistema consciente integra en el hombre la capacidad de percibir estímulos tanto internos como externos; actúa como una especie de filtro entre su organismo y el medio ambiente natural y social en que se desenvuelve, aceptando o rechazando a aquellos según las circunstancias.

Ahora bien, el material percibido por la conciencia al ser sustituido por otro, parece desaparecer de su esfera. Sin embargo, sucede continuamente que puede emerger a la conciencia sin gran esfuerzo (el material de un examen, por ejemplo). Supuso Freud que este material permanecía en un estado de latencia y lo incluyó dentro de un sistema que denominó preconscious. Éste estaría integrado por las representaciones adquiridas de la realidad y, en general por elementos en tránsito de la conciencia al inconsciente y viceversa.

A su vez, algunas experiencias son rechazadas de la conciencia por diversos motivos, (dolor, temor o vergüenza) son reprimidos y difícilmente pueden, por sí mismos, volver a la conciencia; siguen, no obstante, actuando persistentemente y se manifiestan en la actividad onírica, los actos fallidos y los síntomas neuróticos. A estas

experiencias, aunadas a los instintos, Freud las incluyó dentro del sistema inconsciente. Éste se comporta de acuerdo al “proceso primario”. Esto es, no se encuentra sujeto a un orden temporal ni a consideraciones lógicas. Funciona al margen de las exigencias de la realidad (proceso secundario) la cual rige en los sistemas preconscious y consciente. Es claro que éste, es un concepto teórico inferido, puesto que no puede ser observado directamente, lo conocemos a través de sus manifestaciones conscientes, muchas de la cuales, de otra manera quedarían sin explicación.

### **El Ello, el Yo y el Superyó** <sup>8</sup>

Esta diferenciación es introducida por Freud en 1923 en su obra “El Yo y El Ello” y viene a complementar a la anterior, pero como dice explícitamente Freud, de ninguna manera la sustituye. Sólo que para explicarnos ciertos procesos (las resistencias del paciente a vincularse con lo reprimido) “tropezamos con infinitas dificultades e imprecisiones si queremos mantener nuestra habitual forma de expresión y reducir por ejemplo, la neurosis a un conflicto entre lo consciente y lo inconsciente. Fundándonos en nuestro conocimiento de la vida anímica habremos, pues, de sustituir esta antítesis por otra; esto es, por la existencia entre El Yo coherente y lo reprimido disociado por él”.<sup>9</sup> De esta manera, la distinción entre el Yo, el Ello y el Superyó, por un lado y la de inconsciente, preconscious y consciente, por el otro, puede ser entendida de la forma siguiente: estos últimos conceptos representan niveles o estadios de la vida mental, mientras que los primeros corresponden a elementos estructurales de la personalidad. Como lo dije más arriba; no son excluyentes sino complementarios.

---

<sup>8</sup> Los términos Ello, Yo y Superyó; e Id, Ego y Súperego; se utilizan como equivalentes.

<sup>9</sup> Sigmund Freud, "El Yo y El Ello", *Obras Completas*, Vol. I, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1968, p. 1193.

El Ello, el Yo y el Superyó son conceptos que pueden entenderse correctamente si son concebidos como elementos que resultan de un proceso de diferenciación que tiene lugar dentro del desarrollo e integración de la personalidad del individuo. Originalmente la mente humana es considerada como toda Ello; una estructura indiferenciada que funciona totalmente en el inconsciente. Está integrada por la totalidad de los impulsos instintivos, por lo tanto, tiene íntima conexión con lo somático. Según Freud, las fuerzas que suponemos existen tras las tensiones causadas por las necesidades del Ello, son los llamados instintos. Un instinto es un excitante interno continuo que produce cuando es contestado en forma adecuada, un goce específico. La finalidad primordial del Ello es la descarga de la tensión producida por las necesidades instintivas. Funciona bajo el mando de el "principio del placer" buscando la gratificación o evitando el displacer. Como se encuentra separado del mundo exterior, no toma en cuenta sus demandas. Sus demandas (las del Ello) no pueden ser siempre satisfechas de inmediato, ya que esto traería consigo fuertes conflictos con la realidad externa, poniendo en peligro hasta la supervivencia.

Freud varía, a través de su obra, su concepción sobre los instintos. Originalmente, en 1905 supuso una contradicción entre los instintos sexuales y los instintos del Yo o de autoconservación (la sempiterna oposición entre el amor y hambre). Posteriormente, distinguió entre una libido narcisista y una libido objetal y, finalmente en 1920,<sup>10</sup> integró tanto los instintos sexuales como los instintos del Yo en uno solo: El instinto de la vida (Eros) cuya actividad estaría encaminada al mantenimiento y desarrollo de la vida, contraponiéndolo a un instinto de muerte (Tanatos) cuyo objetivo sería hacia la desintegración; hacia el establecimiento de un estado anterior a la vida orgánica; la existencia inorgánica. Esta última hipótesis –una de las más discutidas a Freud– fue propuesta en base a las siguientes ob-

---

<sup>10</sup> Sigmund Freud, "Más allá del principio del placer", *Obras Completas*, Vol. I, Ed. Bib. Nueva, Madrid, 1968, p. 94.



servaciones que yo sólo me limitaré a señalar<sup>11</sup>: la tendencia de los organismos de volver a lo inanimado, que se expresa en la frase: “la meta de toda vida es la muerte”; la tendencia de los pacientes a repetir situaciones y formas de comportamiento que se supone ya fueron superadas (la compulsión a la repetición) y el fenómeno del masoquismo.<sup>12</sup>

Tanto el instinto de vida, como el instinto de muerte, según Freud coexisten en el Ello; y dependiendo de las condiciones sociohistóricas en que el individuo se desarrolle, se establecerá la primacía de uno o del otro.

A medida que el individuo se desarrolla, parte de esa energía indiferenciada que es el Ello se va transformando. Poco a poco, las exigencias de la realidad externa demandan al niño una organización más coherente de sus procesos psíquicos, de tal forma que sus percepciones se tornan cada vez más estructuradas, más concientes; hasta llegar a la percepción clara y precisa de sí mismo; hasta alcanzar la autoconciencia. Este proceso, es el proceso de formación del Yo, que nace como una diferenciación del Ello, mediante la influencia del mundo exterior, al cual el organismo humano debe adaptarse.

El control de la motilidad, que originalmente es imprecisa y desatinada, es una función importantísima del Yo. Éste percibe el mundo exterior y elabora un conocimiento adecuado de él; previniéndose en contra de sus peligros aprende a manejarlo para satisfacer las demandas del Ello. Asimismo, el Yo no sólo toma en cuenta las exigencias del Ello tratando de satisfacerlas; también las pospone o reprime de acuerdo a las circunstancias. La naturaleza del Yo es

---

<sup>11</sup> Sobre la hipotética existencia de un "Instinto de Muerte" pueden consultarse dos libros interesantes: de Lorenz, Honrad, *Sobre la agresión: El pretendido mal*, Ed. Siglo XXI, México, 1971, y de Carthy y Ebling, *Historia natural de la agresión*, Ed. Siglo XXI, México, 1966.

<sup>12</sup> Un excelente análisis de este tema, es desarrollado por Juliana González en el capítulo sexto de su libro: *El malestar en la moral: Freud y la crisis de la ética*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1997.

concebida como mediadora entre el Ello y la realidad. No es, a pesar de la relación que guarda con las actividades perceptivas, idéntico a lo consciente. Existe una “porción” del Yo que se sumerge en el inconsciente y que tiene como función la represión (y su protección a través de los mecanismos de defensa). Este fenómeno de la represión se hace más intenso, desde el momento en el que el Yo, ya no sólo tiene que vérselas con la realidad y el Ello; desde el momento en que tiene que enfrentarse con otra formación que continuamente se le opone, pero que proviene de una diferenciación de sí mismo: El Superyó.

La estructuración del Superyó, puede afirmarse que tiene su origen en la necesidad que tiene el Yo de adaptarse a las exigencias sociales, que son transmitidas al niño a través de los padres. Es un término equivalente al de “conciencia moral”, que integra las reglas morales y las normas sociales imperantes en una sociedad dada. Se configura inicialmente dentro del ambiente familiar por medio de los procesos de internalización de las prohibiciones y normas de autoridad impuestas por los padres. Procesos que resultan en relaciones y sentimientos de ambivalencia hacia los padres. Esta problemática es definida dentro de lo que se ha llamado “Complejo de Edipo”. Éste radica en el deseo que tiene el niño de conservar a su madre para sí, por lo cual el padre es experimentado como rival, a la vez como objeto amoroso. El niño desea ser como el padre, pero éste se le opone en su deseo a la madre y, dadas la indefección e impotencia del niño, el padre le parece un antagonista gigantesco, de tal forma que el niño por temor reprime su deseo, se identifica con el padre e incorpora su imagen; transforma en interna la coerción exterior dando lugar, de esta manera, a la formación de una estructura psíquica (Superyó) que en adelante será un “celoso vigilante”, representante del padre y en general, de la realidad externa (social).

Es importante señalar, que el Superyó es un concepto primordial que nos puede permitir llegar a una explicación adecuada de

las relaciones entre el carácter psicológico del individuo y la estructura social. El sistema de la personalidad de un individuo, se integra y desarrolla en base a las necesidades del organismo psicobiológico, la situación externa y las pautas de la cultura.<sup>13</sup> La vinculación de esta concepción (Parsoniana) de la personalidad con la concepción freudiana es evidente y explícita el por qué la personalidad no puede ser considerada sólo como el conjunto de las disposiciones de necesidad y de las capacidades del individuo. La teoría freudiana de la personalidad hace referencia a los mismos elementos: el Id, (necesidades instintivas), la realidad (donde es fundamental el Ego) y el SúperEgo (sistema de símbolos internalizados de la cultura). Lo que implica, contrariamente a lo que se piensa, no un enfoque conductista de la personalidad, sino una concepción dinámica, extraída por Parsons de la psicología profunda (Psicoanálisis). Una cita de Freud pone en claro que la vinculación entre sistema de acción y sistema de la personalidad propuesta por Parsons está implícita en aquél, aunque no desarrollada: “un acto del Ego, dice Freud, será adecuado si satisface simultáneamente las demandas del Id: necesidades instintivas, del SúperEgo, (conciencia moral y de la realidad). Es decir, si es capaz de conciliar las exigencias de todos ellos. Los detalles del Ego con el SúperEgo, llegan a ser completamente inteligibles cuando nos remontamos a la actitud del niño hacia sus padres. Esta influencia parental no sólo abarca la personalidad real de los padres, sino también de la familia, de las tradiciones raciales y nacionales transmitidas por ellos y, a sí mismo, las demandas del ambiente social inmediato que ellos representan”.<sup>14</sup>

Ahora bien, más específicamente, la vinculación entre sistema social y sistema de la personalidad aparece en relación a la conexión

---

<sup>13</sup> Talcott Parsons, "El Súper Ego y la Teoría de los Sistemas Sociales". En Parsons y otros, *Apuntes sobre la Teoría de la Acción*, Buenos Aires, p. 24.

<sup>14</sup> Sigmund Freud, "Esquema del psicoanálisis", *Obras Completas*. Vol III. Ed. Bib. Nueva, Madrid, 1968, p. 1013

entre los mecanismos de la personalidad y los mecanismos del sistema social. Ésta es una cuestión compleja que no es posible analizar aquí en forma extensa. Sólo señalaré que los mecanismos de la personalidad: refuerzo-extinción, inhibición, sustitución, imitación e identificación; mecanismos específicos inscritos dentro de las categorías especiales que constituyen las formas de aprendizaje, de defensa y de ajustamiento de un ser humano, guardan una relación de correspondencia con los mecanismos de socialización; ya que éstos definen el tipo de mecanismo psicológico utilizado en los procesos de aprendizaje. Así, los tres primeros, refuerzo-extinción, inhibición y sustitución, corresponderían a lo que Parsons llama "Socialización por recompensa-castigo"; la imitación a la "socialización por instrucción" y la identificación (el mecanismo más importante para Parsons) a la socialización por adquisición de valor.<sup>15</sup>

De acuerdo con lo anterior, el meollo de la cuestión radicaría, fundamentalmente, en los mecanismos de identificación; tanto en relación a la socialización como a los controles sociales. Parsons destaca, siguiendo a Freud, dentro de los procesos de internalización de normas toda la problemática del SúperEgo, que en su opinión es el concepto puente entre la teoría de la personalidad, el análisis teórico de la cultura y el sistema social.<sup>16</sup> Y ésto, porque no se puede entender la formación del SúperEgo sobre ninguna otra base, más que de la adquisición de valores (internalización), a partir de otros seres humanos, dentro del proceso de interacción social. En este sentido, podríamos afirmar que la función del SúperEgo no es estructuralmente represiva, sino que depende de sus contenidos, los cuales son precipitados por el ambiente familiar y social en que el individuo se desenvuelve. La función del SúperEgo habrá de variar a partir del momento en que las normas y valores de una determinada sociedad se modifiquen. En este sentido, podemos decir

---

<sup>15</sup> Talcott Parsons, "El Sistema Social", *Revista de Occidente*, Madrid, 1966, pp. 223-225.

<sup>16</sup> Talcott Parsons; y otros, *Op. Cit.* p. 25.

por ejemplo, que no es el SúperEgo el que condena la sexualidad; es la sociedad en última instancia; un determinado tipo de sociedad.

## **La sexualidad humana**

### *La sexualidad infantil*

La sexualidad humana, a diferencia de otras necesidades instintivas como el hambre y la sed, -las cuales no pueden dejar de ser satisfechas, so pena de extinción- posee la peculiaridad de que, a pesar de su carácter permanente, puede ser pospuesta; puede ser diferida, reprimida y desplazada canalizando su energía en diferentes actividades. Esta maleabilidad, es una característica de la sexualidad que ofrece a la sociedad un papel definitivo en la conformación de la personalidad del individuo, fundamentalmente durante sus primeros años de vida.

Hasta antes de Freud, era común equiparar la sexualidad humana con la vida sexual, tal como se manifiesta en el hombre adulto a partir de la pubertad. Esta concepción, que en muchos aspectos aún perdura en nuestra civilización, considera a la procreación como el nódulo de la sexualidad y al matrimonio como el ámbito dentro del cual es posible su realización. “En efecto -dice Fourier- la ley y la religión no admiten en amor más que un fin que es la procreación, más que un modo de unión que es el matrimonio o monogamia sumisa; exigen un lazo sea consumado materialmente y no limitado al sentimiento puro, del que no nacería ni cristiano ni ciudadano”.<sup>17</sup> Estas palabras escritas a principios del siglo XIX, aunque publicadas sólo hace algunos años, indican ya una apreciación de la sexualidad singular y revolucionaria, que más tarde el psicoanálisis habría de reclamar para sí, al extender la vida sexual humana a esferas hasta entonces rechazadas o desconocidas.

---

<sup>17</sup> Charles Fourier, *El Nuevo Mundo amoroso*, Ed. Siglo XXI, México, 1972, p. 62.

La aseveración psicoanalítica de una vida sexual infantil, provocó en la sociedad de la época de Freud, un intenso extrañamiento y una resistencia no menos profunda. Esto no podía ser de otra manera, ya que “siendo el fin ideal al que han tendido todos los educadores el de dar a la vida infantil un carácter asexual, se ha llegado a creer realmente, al cabo del tiempo en una tal asexualidad, y esta creencia ha pasado a constituirse en teoría científica”.<sup>18</sup> No obstante, lenta pero seguramente, la existencia de excitaciones y necesidades sexuales en los niños fue reconocida, cada vez más por la ciencia psicológica, hasta adquirir un papel preponderante dentro de los posibles elementos explicativos de la conducta humana.

El concepto de sexualidad está claramente especificado dentro del psicoanálisis; hace referencia a la capacidad del organismo humano de obtener placer. Definida de esta manera, la vida sexual es conceptualizada fuera de los moldes convencionales que identifican lo sexual con lo genital y es realmente difícil negar que existe una actividad sexual en los niños.

En una primera etapa, la “etapa oral”, la sexualidad está estrechamente ligada a las actividades alimenticias del niño; el órgano más placentero es la boca. A la satisfacción que proporciona la ingestión de alimentos va aunada la sensación placentera del propio chupeteo y en sus observaciones, Freud señala que ésta última actividad le era placentera al niño por sí misma y se manifestaba en el chuparse el pulgar.

Más tarde, la zona bucal va perdiendo importancia y el niño comienza a interesarse en sus funciones anales. Durante esta etapa, la “etapa anal”, que alcanza su punto culminante hacia el año y medio o dos años de edad, el recto ocupa una importancia especial ya que en esa zona tienen lugar excitaciones placenteras; en una primera fase, el placer se reduce a la sensación del paso de las materias fecales por el ano; en la siguiente, el control y la retención del excremento le proporcionan al niño intensas sensaciones de placer.

---

<sup>18</sup> Sigmund Freud, "Introducción al psicoanálisis", *Obras Completas*, Vol. II, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1948, p. 220.

En este periodo el acto mismo de la defecación tiene para el niño mucha importancia; toca, huele y si se le deja, hasta come sus excrementos; esto para él es placentero, sólo posteriormente, y a través de los hábitos de limpieza impuestos por los padres, sentirá repugnancia hacia las heces -en especial las de los otros- tal como lo experimentan los adultos.

La sensibilidad de los órganos genitales existe, desde luego, en las dos anteriores etapas, y los niños mediante ellos obtienen también placer; sólo cuando el desarrollo normal permite superarlas, los genitales adquieren principal importancia. Esta etapa, la “fálico genital” se desarrolla entre los tres o siete años al iniciarse el periodo de latencia que, a su vez, termina en la pubertad; a partir de la cual, la sexualidad será supeditada a lo genital y adquirirá las características requeridas para el matrimonio y la reproducción.

Este esquema de la sexualidad, descrito someramente, implica -no hay que olvidarlo- configuraciones particulares de su desarrollo que dependen, en último término, de relaciones con el mundo interhumano. Son formaciones específicas que elabora un individuo para solucionar sus problemas interpersonales, los cuales se suscitan dentro de un grupo determinado, en medio de una determinada sociedad. Así, la impronta social troquea la personalidad del niño y, las peculiaridades de su caracteriología (la estructuración de un “carácter oral”, “anal”, etc.), serán determinadas en relación a aquella fase en que la impronta social desencadene conflictos más profundos.

Ahora bien, ¿Por qué Freud considera a la sexualidad adulta, “normal” como una tiranía innatural a la que son sometidos los instintos pregenitales? “Desde el punto de vista freudiano, la subordinación del placer preliminar al placer final en la comunicación sexual es un compromiso que oculta un conflicto entre el deseo del niño inmortal en nosotros del juego puro polimorfo, y el principio de la realidad que nos impone la organización genital”.<sup>19</sup> En pala-

---

<sup>19</sup> Norman Brown, *Eros y Tanatos*, Ed. J. Mortiz, México, 1967, p. 44.

bras de Freud, la sexualidad infantil es “perversa de un modo polimorfo”. Esto es; en los niños la sexualidad se manifiesta de una manera mucho más amplia que en el adulto. Su energía está orientada a la actividad placentera de sus propios cuerpos. El largo periodo de invalidez y dependencia infantil por el que pasa el ser humano, determinan la existencia de una época en la cual el niño nada sabe de las exigencias de la realidad; lo que permite un florecimiento de la sexualidad que más tarde ya no volverá a presentarse. En la primera infancia el niño juega con su propio cuerpo, su propio cuerpo es su objeto sexual. Más tarde, la organización de la sexualidad se lleva a cabo. A través del proceso cultural se va integrando un esquema de la sexualidad que hará eclosión en la pubertad y que será supeditado a las exigencias de la sociedad. Así, el niño es frustrado... sin embargo, el “recuerdo” infantil nunca muere y el eterno niño en la mente del hombre intenta siempre reencontrar su paraíso perdido. Federico Nietzsche nos habla de esta profunda nostalgia, de ese deseo inmortal en las conversaciones de Zaratustra con la vida a la hora de la media noche:

¡Alerta hombre!  
¿Qué dice la profunda medianoche?  
He dormido, he dormido.  
Me he despertado de un profundo sueño  
El mundo es profundo.  
Y más profundo de lo que pensaba el día  
Profundo es su dolor  
La alegría..., más profunda que la pena  
El dolor dice: pasa y acaba  
Pero toda alegría quiere la eternidad...  
¡Quiere la eternidad profunda!<sup>20</sup>

La alegría; el placer es el resultado de la actividad, del funcionamiento armónico de la vida. Así, el anhelo del placer y el rechazo del sufrimiento configuran la aspiración más profunda de los seres

---

<sup>20</sup> Federico Nietzsche, *Así hablaba Zaratustra*, Ed. EDAF, Madrid, 1964, p. 211.



humanos. Nietzsche se rebela en contra de los valores de la civilización occidental, en especial contra los del cristianismo, precisamente porque niegan el mundo y la vida. De ahí su exaltada afirmación del cuerpo. Esta “resurrección de la carne” que reclama Nietzsche, es el eterno deseo infantil que el adulto rechaza; sin darse cuenta que al hacerlo se rechaza a sí mismo.

### *La represión sexual*

Como fue señalado anteriormente, la sexualidad, dentro de todas las necesidades instintivas, posee un determinado status, menor que el de aquellas que no pueden diferirse. La necesidad sexual puede ser reprimida y autoreprimida, y el sujeto al que se impone la represión puede permanecer indefinidamente sin perecer. Esto significa que el individuo, al asumir la represión se somete a las exigencias del agente represor (sociedad y Superyó). Las repercusiones de esta sumisión no se limitan a la esfera de la sexualidad; la trascienden y comprometen a toda personalidad.

La condenación y la renunciación de la vida sexual son racionalizados como “pecado”, “moral”, etc. Y esto no es obsoleto, como pudiera pensarse; posee todavía tremenda eficacia. Ciertamente, hoy en día el sexo se realiza en todas partes; en la intimidad y hasta en la plaza pública. El “*acting out*” parece contradecir la represión. Hay más libertad y hasta se permite la transgresión; pero esta “apertura” es un requisito estabilizador; conveniente y necesario.

Yo no creo, como Fromm, que lo que la sociedad reprime ya no es fundamentalmente la sexualidad. Lo que pasa es que han variado las formas de represión. La liberación sexual es aparente. Es, como dice Marcuse, una “desublimación represiva” mediante la cual, el poder de Eros es debilitado al ser asimilado a las “relaciones sociales”. Así el sistema sólo permite aquello que le hace posible perdurar y la realización de la sexualidad en formas no habituales sólo es el resultado de una “flexibilidad” que hace los controles

opacos, menos directos, pero no menos efectivos.

No pretendo denunciar unilateralmente la opresión sistémica, mi propósito es defender al individuo, al sujeto encarnado y des-centrado de la psicología contra las pretensiones totalitarias de la objetividad social. Ese sujeto al que Freud le brindó la oportunidad de conocerse un poco más a sí mismo y en ese proceso, también un poco más a los demás.

"¿Puede pensarse la inmortalidad simbólica de Freud en los más de cuatrocientos textos que esparcen su palabra? Sí a más de 150 años de su nacimiento nos detenemos aún con sorpresa y renovada admiración ante ellos, sí continúan suscitando pensamientos, discusiones, lecturas, refutaciones o confirmaciones, odios y amores violentos es porque su pensamiento esta vigente. La nave freudiana, mal que les pese a algunos, flota, flota... sin sumergirse."<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup>Marta Gerez Ambertín, "Sigmund Freud: y la nave (aún) va..." Revista *EstePaís. Tendencias y opiniones*. No. 182, Mayo 2006, México.